

trán, á quien tradujo ó imitó alguna vez en sus *Marinas*.

Al contrario de muchos ingenios nuestros que no conocen más lectura que la literaria, por lo cual viene á malograrse su actividad en fruslerías y devaneos insubstanciales, Amós Escalante alimentaba su inteligencia con los estudios más diversos. Sin presumir de erudito de profesión, podía alternar decorosamente con los especialistas. Lo que sabía, lo sabía bien, metódicamente, y á conciencia. No era licenciado en Derecho, como suelen serlo en España los hijos de familias acomodadas, sin que los estudios jurídicos medren mucho con tan distinguida clientela. Era licenciado, y aun creo que doctor, en Ciencias físicas, título mucho menos vulgar entre nosotros, y que por sí solo prueba amor á la cultura desinteresada, la que principalmente debían adquirir y hacer progresar los privilegiados de la fortuna. Pero el arte y la historia le atrajeron siempre más que la ciencia pura. El romanticismo tradicional le llevó como por la mano á la arqueología; y quien haya leído las páginas bellísimas que en *Costas y Montañas* dedica á la descripción de los monumentos de nuestra provincia, reconocerá que, sin alarde de tecnicismo, sabía ver y juzgar, no sólo el alma arquitectónica, sino los detalles de la

construcción, y que esta pericia suya no era de las que se improvisan á poca costa, hojeando el *Abecedario* de Caumont ó los *Diccionarios* de Viollet-le-Duc. Era fino conocedor de la teoría y de la historia de la pintura, y dudo que, fuera del inolvidable Fernández Jiménez, le aventajase en este punto ninguno de los críticos y aficionados que por los años de 1855 á 1860 solían concurrir á la famosa tertulia de su amigo de la infancia Cruzada Villaamil. Hasta creo que sus primeros ensayos en prosa fueron trabajos de crítica pictórica, con motivo de algunas Exposiciones, y me consta que por ese mismo tiempo emprendió investigaciones sobre la vida y obras del gran Ribera. El precioso capítulo sobre los cuadros de Murillo, que intercaló en su viaje de Andalucía, y muchos rasgos sueltos del de Italia, revelan una intuición estética muy segura, tan alejada de los lugares comunes del *turista* discípulo y esclavo de su *Guía*, como de las paradojas funambulescas que, á modo de fuegos artificiales, suelen quemarse en los estudios y talleres de los artistas y en los cenáculos literarios.

De los méritos de Escalante en la narración histórica, diré algo al tratar de la obra en que mejor campean. De la excelencia de su prosa castellana, del profundo estudio

que hizo de la lengua hasta lograr el prodigio de que su último libro (*Ave Maris Stella*) parezca, no una imitación sabia de los del siglo de oro, sino un producto espontáneo de nuestra vieja literatura, una novela desenterrada que viene á reclamar su puesto en la serie de nuestras novelas inmortales, es inútil decir mucho, porque esta cualidad de su estilo es de las que resaltan de tal modo, que no puede ocultarse á los más profanos. De arcaísmo le tacharon algunos. Lo que empieza á ser arcaico es la incultura que tal acusación envuelve. Hasta los literatos jóvenes, los llamados *modernistas*, sienten la necesidad de romper con el estilo incoloro, con el vocabulario pobrísimo, con la amanerada sintaxis mal traducida del francés con que escribieron la mayor parte de nuestros prosistas del siglo xix, aun aquellos que por otras razones merecen altísima loa. Entre los pocos que se salvaron de esta lepra galicana, hay que poner en primera línea á Amós de Escalante, cuya producción literaria es de más vigor y consistencia que la del *Solitario* (limitada á cuadros de género y fragmentos históricos), y menos artificiosa y académica que la de los hermanos Fernández Guerra.

De intento he dejado para este lugar una que yo creo fuente principalísima, aunque

oculta, de la inspiración de Amós de Escalante. Bien pudiéramos decir de ella, sin sombra de profanación, lo que en sus versos espirituales cantó San Juan de la Cruz:

¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre
Aunque es de noche!

De su piedad, tan ilustrada como fervorosa, son testigos cuantos le conocieron á fondo. Pocos libros de imaginación se escriben ahora tan empapados de espíritu evangélico como *Ave Maris Stella*, ni que con tanta elocuencia inculquen las enseñanzas de aquella caridad activa que brota de la fe, como la fuente de la roca. Algunas de las mejores páginas de esta novela parecen arrancadas de cualquier tratado ascético del siglo xvi: reflejan altísimos conceptos de filosofía mística, y no es hipérbole decir que están escritos en la soberana lengua de Estella, de Malon de Chaide, de Fray Juan de los Angeles. Pero lo que debo añadir, porque son pocos los que lo saben, es que no he conocido ningún seglar tan dado como él á la lección y meditación de las Sagradas Escrituras. Caso rarísimo en España, donde, aun los que pasan por devotos suelen contentarse con lecturas espirituales de segundo orden, que, por excelentes que sean, son siempre indignas de compararse con la palabra di-

vina. *Juan García* no cayó nunca en este olvido de la Biblia, que es, sin duda, una de las principales causas de la decadencia y enpobrecimiento de nuestro espíritu religioso. Meditó atentamente las palabras de la Ley, y nunca apartó su corazón de ella. «Solía leer á Salomón, y aun lo leía cuotidianamente; mas aprovechábase poco de sus sanos consejos», dice modestamente de aquel personaje novelesco en quien se retrató á sí mismo, hasta cierto punto. Y yo puedo afirmar que, no sólo los libros sapienciales, sino todos los del Viejo y Nuevo Testamento, eran pasto de su lectura diaria, unas veces por el orden en que están en el canon, otras escogiendo el libro ó el capítulo que cuadraban mejor á las circunstancias del día ó al estado de su alma. Para esta piadosa ocupación, de la cual no hablaba nunca, pero que sus íntimos conocíamos, tenía siempre sobre la mesa un ejemplar de la *Vulgata* latina en un solo tomo; y de tal suerte llegó á empaparse en el texto bíblico, que podía, sin auxilio de las Concordancias, traer á la memoria cualquier versículo ó sentencia, indicando puntualmente el lugar en que se encontraba. Dudo que sean muchas las biografías de literatos modernos en que pueda escribirse cosa semejante. Y nótese que Amós no se acercaba á los sagrados libros por curiosidad

profana, ni por resolver dificultades exegéticas que le preocupaban poco, aunque de ellas tuviese nada vulgar conocimiento, sino que los leía como creyente y como artista, con religioso pavor y reverencia, para mejorar su conciencia en cada lectura y engrandecer su fantasía y su pensamiento con la sobrehumana poesía que de aquellos libros brota á raudales.

Un ingenio educado de esta manera no podía ser frívolo nunca, aun en obras de pura imaginación, y por eso las de *Juan García* tienen un sello de gravedad y madurez, que, naturalmente, es mayor en las últimas, pero que no falta ni siquiera en los versos y en los libros de viajes que escribió cuando no había traspasado aún los linderos de la juventud.

No es mi ánimo colocar estas producciones de su primera manera en la misma línea que las últimas, aunque para el gusto común quizá resulten más fáciles, llanas y sabrosas. Detesto la indiscreción en los elogios, y nada sería más indiscreto que confundir en una misma alabanza las flores de la generosa mocedad y los frutos de la edad viril. En un ingenio aventurero, despilfarrado é improvisador, pueden valer aquéllas más que éstos; pero caso contrario tiene que ser el de Amós de Escalante cuya vida fué una perpetua y

severa educación de sí mismo. Hay en su carrera literaria dos períodos claramente separados hasta por el intervalo de ocho años de silencio que mediaron entre el uno y el otro. Las ideas fundamentales del escritor no cambiaron nunca; pero en sus procedimientos hubo un desarrollo gradual, y aun si se quiere un cambio relativo.



II

Los dos libros titulados *Del Manzanares al Darro* (1863) y *Del Ebro al Tiber* (1864), están escritos en un castellano moderno, aunque muy elegante, que no podía causar extrañeza á nadie; y pertenecen á un género de literatura moderno también, que tiene en Francia modelos excelentes, no superados quizá en ninguna otra parte. *Juan García* los tenía muy presentes; á pesar de lo cual su viaje no se parece ni al del Presidente de Brosses, tan admirado por él, ni á la novela de Mme. de Stäel, ni á los *Paseos* de Stendhal, cuyo carácter le era profundamente antipático, aunque estimase en gran manera su ingenio; ni mucho menos al de Taine, que no estaba escrito todavía cuando Amós hizo en 1860 su excursión por Italia. Nuestro autor viaja por cuenta propia, y nos transmite sus propias impresiones, no las ajenas, mérito que no siempre alcanzan otras relaciones de viajes más extensas y al parecer

más nutridas que las suyas: por ejemplo, el amenísimo viaje de Alarcón, *De Madrid á Nápoles*, hecho y escrito el mismo año que el de *Juan García*, de quien fué fraternal camarada en Roma. Alarcón seduce, atrae, fascina con su elocuencia pintoresca; pero él, tan exuberante de personalidad en sus relatos de Africa y de la Alpujarra, da de Italia una visión atropellada y fantasmagórica, en que pone muy poco de su alma. Es libro que se lee con agrado, pero del cual muy pocas páginas quedan en la memoria ni convidan á repetir la lectura. No intentaré, porque esto es cuestión de gusto personal, sobreponer el libro de mi paisano, conocido de tan pocos, al libro de Alarcón, delicioso á pesar de su ligereza ó quizá por virtud de ella misma. Tampoco le compararé, porque desconfío mucho del procedimiento crítico de las comparaciones, con ningún otro libro de los tres ó cuatro españoles sobre Italia que merecen leerse en la serie no muy numerosa de los que se han escrito después de aquel viaje de Moratín, tan picante y divertido, tan curioso para la historia del teatro y de las costumbres, y hasta como documento de la incapacidad de su autor para comprender y sentir cualquier arte que no fuese el arte de la comedia, tal como él le profesaba. Ni negaré sus peculiares méritos á la discreta

lucidez de la *Italia* de Pacheco, á la sólida cuanto elegante labor de D. Severo Catalina en su libro sobre Roma, ni aun á la pompa retórica de Castelar en sus *Recuerdos de Italia*, donde están las páginas menos oratorias y más literarias que escribió en su vida. Digo únicamente que los *recuerdos* de *Juan García* son un libro aparte, que no desmerece de ninguno de los citados, ni debe perderse en el montón anónimo de los libros de viajes que hoy se producen con tan estéril abundancia.

No es ni pretende ser descripción íntegra de Italia, ni siquiera de la parte de ella que el autor recorrió; pero cumple con la promesa de su título, pues comienza en el puerto que hoy es cabeza de la región donde el Ebro nace, y termina en las sagradas márgenes del Tíber. Falta casi enteramente la descripción de Roma, acaso porque el autor temió emprenderla, abrumado por la grandeza del asunto, ó porque la reservaba intacta para una segunda parte que no llegó á escribir. Intercalado caprichosamente en el libro está el relato de una visita nocturna al Coliseo, que hace sentir que tal propósito no se realizase.

El mayor escollo que este género de itinerarios tiene, el de ir pisando sobre las huellas ajenas, el de admirar convencionalmente

donde otros han admirado, el de caer en el ditirambo frío ó en la estadística prosaica, está perfectamente salvado en el viaje de Amós de Escalante, que no habla más que de lo que vió, no se entusiasma por contagio romántico, y expresa su propia emoción sobria y delicadamente, con aquel gentil y discreto señorío que le salvó siempre de la vulgaridad. Pero todavía más que sus impresiones artísticas, que, aun siendo muy suyas, no podían ser muy nuevas en materia tan agotada (*cui non dictus Hylas puer?*); todavía más que los dos excelentes capítulos sobre Venecia y la descripción mucho más rápida de las ciudades de Toscana, interesa en este libro de memorias lo que tiene de autobiográfico, aunque modestamente disimulado: la pintura animada de la sociedad de Turín en los días inmediatos á la paz de Villafranca; las anécdotas relativas á Cavour; las veladas del castillo de Valperga, donde el autor recibió cariñosa hospitalidad de los Condes de Carpeneto; sus excursiones al Lago Mayor y á las islas Borromeas. Por su distinción social, por sus conexiones diplomáticas, por su independencia política, se hallaba en mejores condiciones que otros para estar bien informado y juzgar sanamente del complejo movimiento que iba labrando á sus ojos la unidad de Italia; pero este juicio no

pasa de insinuación que los lectores pueden completar con los datos de primera mano que les ofrece. Algún detalle hay en estas páginas que quizá la historia no ha recogido todavía: el relato interesante y conmovedor de la partida de la Duquesa de Parma para el destierro en 10 de Julio de 1859. Este relato emana de testigo presencial y fidedigno. Entre las pocas personas que acompañaban á la desterrada Princesa, estaba «un español, Pedro Escalante», entonces joven agregado á nuestra Legación en Turín, hermano mayor de Amós, á quien ha sobrevivido para honra de su casa y buen ejemplo de sus convecinos.

Más castizo que el viaje de Italia, más luminoso, más espléndido de color, sin tocar en la furia colorista y sensual de Gautier, es el viaje de Andalucía (*Del Manzanares al Darro*), y es también lo más regocijado, lo más risueño que salió de la pluma de Amós, tan propensa á la melancolía. Hubo un momento feliz, acaso único en su vida, en que sintió plenamente la alegría del vivir; en que una oleada de luz inundó su fantasía, herida por el sol triunfante y poderoso; en que le penetró y envolvió la atmósfera regalada y dulcísima de la Bética, y quedó prisionero y esclavo de la gentil y hospitalaria Sevilla. Algo faltaría en su arte si no hubiese tenido esta radiante visión y en el grado y manera

en que la tuvo. Ningún escritor moderno del Norte ó del Centro de España, me atrevo á afirmar, ha superado al nuestro en la evocación poética de Andalucía, salvo Zorrilla, cuya obra es más peculiarmente granadina que andaluza. Nadie ha hablado con tanta efusión y cariño de una tierra tan diversa de la suya. En esta penetración cariñosa, había, no sólo entusiasmo de artista, sino cierto misterioso instinto de raza, que á los montañeses, más que á los otros castellanos, nos aclimata fácilmente en Andalucía, y aun nos hace considerar como prolongación de nuestras ásperas breñas y costa inclemente, los cálidos verjeles del valle del Guadalquivir, tantas veces regados con la sangre de nuestros padres, y los puertos de la feliz Tartesia, que ellos arrancaron á la morisma y donde perpetuaron su sangre.

Vista está Andalucía con ojos de amor en este libro, que puede servir de antídoto á tantos otros en que se la calumnia con apariencias de enaltecerla. De la Andalucía verdadera habla, no de la Andalucía de pandereta, cuyos tópicos resobados debieran quedar ya para exclusivo solaz de los viajeros comisionistas de ambos mundos. Aquel hombre tan aficionado á toros (doy esta mala noticia á los enemigos de la fiesta nacional), apenas trata de ellos en su viaje: gustaba de

las corridas en la plaza, no en la literatura. El llamado *flamenquismo* no había llegado en 1863 al punto de degradación en que hoy le vemos, y ni siquiera se le designaba con tal nombre. Pero las costumbres pintorescas de gitanos y chalanos, bailadoras y cantadores, descritas ya con opulenta dicción y agudo gracejo por *El Solitario*, tuvieron en *Juan García* observador inteligente y benévolo, que, en el primoroso capítulo de la feria de Sevilla, llega á rivalizar, en su terreno propio, con aquel maestro de la lengua castellana. Compárese este trozo con el ya citado estudio, tan fino y penetrante, sobre los cuadros de Murillo, ó con la poética y misteriosa descripción de los patios y cancelas de Sevilla, á varias horas del día y de la noche, y se estimará en su justo precio la rica variedad de tonos y recursos que ya entonces tenía la prosa de *Juan García*, que corre aquí más ágil y desenfadada que en ninguna parte. Un ambiente diáfano y sutil orea las páginas de este libro, que por sí solo hubiera labrado la reputación de un escritor si en España se leyese más y con mejor discernimiento, porque es de todos los suyos el más acomodado al gusto y á la inteligencia común.

Ambos viajes fueron muy bien recibidos por la crítica, y recomendados por personas

doctas y sesudas como Mr. Latour, amable huésped del palacio de San Telmo durante muchos años, y uno de los franceses que con más simpatía han tratado de nuestras cosas. En el círculo literario de Amós de Escalante, estos libros no sólo fueron admirados, sino imitados con fortuna. Adolfo de Aguirre, en sus *Excursiones y Recuerdos*, sin menoscabo de su originalidad, que principalmente brilla en el viaje por la costa de Vizcaya, es, con menos amplitud, con talento más femenino, un segundo *Juan García*, puro y exquisito como su modelo. Su literatura está tan íntimamente unida, como íntima fué la comunicación de sus almas.

La segunda época de Amós, la que podemos llamar su época clásica, empieza en 1871 con la publicación de *Costas y Montañas*, obra predilecta suya, á la cual consagró todos los esfuerzos de su ingenio y que no se cansó de pulir y perfeccionar hasta sus últimos días, dejando preparada una segunda edición que debe publicarse sin tardanza, porque de la primera son ya rarísimos los ejemplares que salen á la venta, y ávidamente perseguidos por los coleccionistas de historias de pueblos, llegan á alcanzar precios exorbitantes. Como libro descriptivo é histórico de la provincia de Santander, tiene el defecto de no abarcarla toda, aunque sí

lo más característico de ella: podrá venir quien le complete en esta parte y rectifique algunos pormenores, además de los que el autor dejó corregidos; pero como obra de arte, como geografía poética de un territorio, como epopeya en prosa de una raza que la historia nacional había olvidado casi por completo después de su heroica aparición en los anales del pueblo romano, ni ha sido superado ni probablemente lo será nunca. Otras regiones de España habían tenido la suerte de encontrar arqueólogos artistas como Piferrer y Quadrado, que interrogasen sus monumentos y los presentasen enlazados con las vicisitudes de la historia y con los efectos románticos del paisaje. Escalante pudo decir de su libro que no había tenido precursor, ni ascendiente, ni contemporáneo. Las dificultades se acrecentaban por tratarse de una tierra pobre y mal conocida, «donde la historia política (son palabras suyas) yace entrañada y obscura en ciertas cartas de fuero, de donación ó de privilegio; en tratados de paz y de alianza, de navegación y comercio con aldeaños ó extranjeros; pergaminos yertos, texto escueto y desnudo, aún virgen de refinada crítica y maduro fallo; donde la social se esconde en escrituras de fundaciones pías, en cláusulas de testamentos, en perdurables liti-

gios que guardan los archivos de las familias, rico é inexplorado tesoro, auténtico padrón de usos públicos y costumbres privadas; cuya historia artística no pasa de alguna piedra funeral ó votiva, del monumento anónimo, del indicio de los apellidos; cuya historia militar se pierde en la de las empresas colectivas de la bandera madre».

Libros como *Costas y Montañas* no se conciben en una hora, no son un accidente en la vida de un escritor. Puede decirse que á esta obra capital de Amós convergen todas las suyas anteriores y posteriores. Los viajes por tierras extrañas, las más famosas que alumbró el sol, le hacen soñar con la suya, tan modesta y olvidada, y prorrumpir, cuando menos se esperaría, en acentos de filial ternura. Si cada día se perfecciona en el arte de la descripción, aplicándole por de pronto á escenas, monumentos y reliquias históricas admiradas por todo el mundo, es para rendir finalmente todos los tesoros de su estilo en aras de aquel soberano amor de su vida. Y cuando llega á la madurez y levanta su monumento, no vuelve á salir de Cantabria ni con el pensamiento siquiera. *En la playa* es el poema lírico de nuestro mar mudable y proceloso, «asilo de espíritus solitarios, centro de misteriosas esperanzas». *Ave Maris Stella* es la resurrección histórica de

la Montaña en el siglo xvii. Como obra de arte supera á todas las de *Juan García Costas y Montañas* es más desigual; quizá su misma riqueza y exuberancia le daña; pero es, sin duda, la obra más representativa de su autor, y sólo por ella se le puede conocer íntegramente.

Antes de llegar á la forma histórico-descriptiva, que finalmente adoptó, había ensayado repetidas veces la forma poética. Su arqueología fué el desarrollo sabio de su poesía juvenil, enardecida por la lectura de Walter-Scott y de Zorrilla. Ya el *Semanario Pintoresco* de 1857 registra un magistral romance de Amós: *La Torre de Cacicedo*, y son muy poco posteriores los entonados fragmentos del poema de *Cantabria*, que acaso debían preceder á una colección de leyendas. Entre los recuerdos de mi infancia, figuran estos versos, que no he olvidado nunca:

¿Por qué no suena en la arboleda umbría
El arpa fiel de los antiguos tiempos?
¿Por qué del hondo valle no despierta
Su poderosa vibración los ecos?..

¿No es ya la egregia prez de sus mayores
Al canto de tus hijos digno empleo,
Cantabria generosa, ó las memorias
En su cobarde espíritu murieron?

¡Ay! ¡para siempre en el ocaso hundióse
Tu claro sol! los pálidos destellos
Que tristes doran las sagradas cumbres
Son desmayada sombra de su fuego.

Crece el laurel altivo todavía
En las sagradas márgenes del Ebro;
Mas no á que ciñan sienes victoriosas
En lozano verdor da sus renuevos.

Los años rinden su vigor: oprime
La madre tierra de su tronco el peso,
Y las hogueras rústicas consumen
El árbol noble que respeta el cielo.

Ya no en amor purísimo se inflama
¡Oh patrial de tus vírgenes el pecho,
Ni sed de gloria y libertad agita
El tibio corazón de tus mancebos;

Ansia de oro insaciable el noble germen
Secó fatal del heroísmo en ellos,
Y en tierra extraña á granjearle acuden
Y á derramarle en los placeres luego.

¡Y yacen ignorados tus anales!
¡Y mientras oro allega el avariento
En remota región, el patrio valle
Mira hundirse el solar de sus abuelos!

¡Oh! si al vibrar en la ríscosa breña
El arpa de la gloria y los recuerdos,
La no vencida raza despertando
Alzárase en la tumba al són guerrero,
Huérfana de tus hijos te hallaría,
Rasgado el manto, desceñido el yelmo,
Rota entre el polvo la segur cansada,
Tu desventura y soledad gimiendo...

Tienen estos versos, ya tan elegantes, el generoso entusiasmo de la juventud; tienen también cierta afluencia verbosa, que contrasta con la manera definitiva del poeta. Pero el numen que los había dictado acompañó toda la vida á Amós de Escalante, y es el alma de sus arrogantes sonetos á la casa

solariega; al escudo; á la cruz terminal del Pisueña; á las armas de Velarde; á los robles de Monte-Carceña, que dieron robusta quilla á las naos conquistadoras del Guadalquivir; al helecho que en signo de posesión y dominio cortó en Ruiseñada el padre del Marqués de Santillana; al combate singular del caudillo cántabro Larus con Publio Scipión en el sitio de Cartagena, parafraseando bizarramente un trozo de Silio Itálico (libro XVI *De bello Punico*, v. 44 y ss.); á todo lo más obscuro y recóndito de los anales cántabros; á todo lo que tiene aspecto de melancólica ruina; á todo lugar donde vive, aunque destronado y mudo, el genio de las antiguas edades. Doy por muestra y modelo de esta poesía histórica, y aun prehistórica, el soneto á un dolmen (*religiosa silex*, de Claudiano):

Rústico altar que á un dios desconocido
El religioso cántabro erigía;
Sepulcro que los huesos escondía
Del muerto capitán y no vencido;

Silla de excelso juez, cadalso erguido
Donde la sangre criminal corría,
Donde el bigaro ronco repetía,
Llamando á guerra, su montés bramido;

Rayendo el musgo que tus lomos viste,
En vano el arte codicioso indaga
Señales que declaren lo que fuiste;

En ti la antorcha del saber se apaga,
Yerto gigante de la cumbre triste,
Envuelto en ondas de la niebla vaga.

«Nunca parecen monotonos los horizontes de la tierra nativa (decía Escalante); nunca fatiga la mirada; sondéallos instintivamente el alma, y siempre halla en ellos algo que responde á su sentimiento actual, y, según la índole de éste, le halaga, le templa ó le gobierna.» El no se cansaba de interrogarlos, «corriendo la tierra como la corrieron tantas veces hidalgos y aventureros, aunque en són más pacífico y recatado; llamando con el cuento del bordón, como ellos con el cuento de la lanza, á la puerta del solar de la ermita ó del monasterio... echando el apellido (como decían los banderizos de la Edad Media), no para homicidas empresas ni cruentas obras, sino para satisfacer la deuda sagrada que al nacer contrajo todo hombre con el suelo que le dió cuna: la de emplear en su servicio la mejor porción de su obra.»

Palabras tuyas son, y nadie sabría encontrarlas mejores para caracterizar su libro, que tanto tenía que diferir en fondo y forma de los pocos ensayos de historiografía local con que hasta entonces contábamos. Nunca faltaron en la Montaña asiduos investigadores, enamorados del país natal, que con más ó menos puntualidad y crítica consignasen algunos datos relativos á nuestras antigüedades. Pero, ya fuese por falta de sufi-

ciente aparato histórico, ya por el aislamiento literario á que los condenaba lo apartado del país y la poca cuenta que de él se hacía, considerándole como apéndice de regiones limítrofes, sus libros no pasaron, las más veces, del estado de apuntamientos, y fué raro entre ellos el que lograrse los honores de la imprenta. Inédito quedó el breve, pero interesante, *Memorial de la villa de Santander y de los seis linajes de ella*, que escribía por los años de 1592 Juan de Castañeda. Inéditos también los *Elogios de Cantabria*, por el capitán D. Fernando Guerra de la Vega, gobernador de sus armas y alcaide del castillo de Santa Cruz. Más afortunado, aunque todavía lo mereciese menos, el licenciado D. Pedro de Cosío y Celis llegó á ver en letra de molde su enfático panegírico «de la muy valerosa provincia y jamás vencida Cantabria, nombrada hoy Montañas Bajas de Burgos y Asturias de Santillana» (Madrid, 1688). Estos y otros autores del siglo xvii, picados más ó menos de la peste de los falsos cronicones, dejaban entretanto dormir en el olvido más profundo, de que sólo en nuestros tiempos y de una manera imperfecta han salido, los dos textos capitales para el estudio de nuestra vida social en los siglos medios: el *Becerro de las Behetrías*, ordenado en tiempo del Rey D. Pedro

de Castilla; y las *Buenas andanzas e fortunas* del viejo banderizo Lope García de Salazar, que no era de la tierra, pero sí lo más vecino de ella que cabe, tan conocedor de sus linajes como de los de Vizcaya, y el más abonado cronista de las feroces discordias civiles que ensangrentaron la costa en el siglo xv, relatadas por él con sequedad bárbara y á veces pintoresca, que cuadra bien con la índole del narrador, con la materia de sus postreros libros y con el forzado retraimiento de su torre de Muñatones, en que la ingratitud filial le había encerrado.

Mientras yacían inéditas las fuentes de una tradición viva y no remota, encarnizábase nuestros incipientes cronistas en las épocas fabulosas, como si no les bastase la gloria inmarcesible de la Cantabria romana. Un historiador tuvo la Montaña á fines del siglo xvii, digno de memoria y aun de estudio y consulta en la segunda parte de su obra, que se apoya en un sólido aparato de privilegios y escrituras, aunque sobre la autenticidad ó la fecha de algunas pueda haber controversia. El benedictino Fray Francisco de Sota, á quien aludo, cronista del infeliz Carlos II, y escritor de decadencia bajo todos aspectos, no desmintió, sin embargo, las tradiciones de su Orden en la parte de erudición diplomática; y si no fué un Yepes, ni

siquiera un Sandoval, puede prestar, leído con cautela, el mismo género de servicios que prestan Bivar y Argáiz, con todas sus aberraciones. Ni ellos ni Sota eran falsarios de profesión, aunque diesen asenso por nimia credulidad ó espíritu novelero á grandísimas falsedades, cayendo incautamente en las redes de un Román de la Higuera ó de un Lupián Zapata. Tal exceso de candor ha desacreditado más de lo justo la *Chronica de los príncipes de Asturias y Cantabria* (Madrid, 1691), título poco feliz además, porque no da idea del contenido y plan de aquel voluminoso infolio. Los príncipes de Asturias á que se refiere no son los trece reyes de la primitiva monarquía asturiana, ni menos los primogénitos de Castilla, llamados así desde el tiempo de Enrique III; ni el libro trata directamente de las Asturias de Oviedo, sino que se contrae á las de Santillana (1), donde presenta, imperando desde los tiempos patriarcales, una dinastía que comienza en Astur, hijo de Osiris, y termina en el siglo xii con el Conde Rodrigo González. De todo ello infiere el autor (un regionalista en pro-

(1) Bajo este nombre se comprendía, no todo el territorio de la actual provincia de Santander, como equivocadamente han creído algunos, sino sólo los nueve valles del Alfoz de Lloredo, Reocín, Piélagos, Camargo, Villaescusa, Penagos, Cayón, Cabezón y Cabuerniga.